

« pienso, tanto mas debo confesarme insuficiente... Es tambien dificil disputar con los idealistas, y aun imposible convencer de la existencia de los cuerpos á un hombre que se obstina en negarla' . »

Creo seria superfluo citar otros filósofos de la escuela cartesiana. Se acaba de oír á sus gefes. No falta mas que examinar su doctrina en sí misma, para manifestar su insuficiencia y graves inconvenientes.

ramente espirituales con sus objetos. Precisamente es la misma cuestion y la misma dificultad.

<sup>1</sup> *Lettres à une princesse d'Allemagne*, tom. II.

## CAPITULO IX.

PELIGRO DE LA FILOSOFIA QUE CONSTITUTE EL PRINCIPIO DE  
CERTEZA EN LA RAZON DEL HOMBRE INDIVIDUAL.

---

Se ha visto poco ha, como los filósofos que, *haciendo abstraccion de la fe*, segun dice Pascal, buscan en sola su razon, una primera verdad cierta que sirva de base al edificio de sus conocimientos, no pueden por su propia confesion ni

aun llegar á la certeza de su existencia; y que no queriendo admitir nada sin prueba racional, incurren en absoluta impotencia de probar cosa alguna. Bastaria esto ciertamente para abandonar una filosofía tan escéptica en su esencia, que si alguno la siguiese con exactitud, dudaria de su mismo ser\*; una filosofía tan opuesta á la naturaleza del hombre, que le obligaría, para ser consecuente,

\* Por que con esta filosofía era uno creyente en tiempo de Luis XIV, no se debe pensar sea ella cosa extraña al escepticismo moderno. No se sacan desde luego todas las consecuencias de un principio, sobre todo cuando es muy general, y sus consecuencias opuestas á una fe anteriormente recibida. Así se explica como conservaron los protestantes una parte de las creencias cristianas, aunque siempre se han ido amortiguando entre ellos. Un sugeto muy respetable, que aun vive, nos ha contado, que cuando jóven habia tenido relaciones con Diderot, cuya filosofía admiraba entonces; un dia le dijo: « El señor Diderot, y sus amigos deben estar muy contentos por los progresos que hacen sus doctrinas. —; Contentos, caballero! admirados, respondió el enciclopedista. Cuando principiamos, no teniamos otro designio que argüir como se arguye en la escuela. Decian, *esto está probado*; nosotros hemos dicho, *examinemos*, y esto ha venido á ser lo que vm. ve. » Que fuese ó no sencillo Diderot, no son menos notables sus palabras; porque si no ha dicho lo que queria decir, ha dicho sin duda lo que ha hecho. Ha buscado *por el método filósofo*, la verdad de todas las cosas; y *esto ha llegado á ser lo que estamos viendo*.

á renunciar de toda creencia; de forma que afirmando, negando, hablando ú obrando está en abierta contradiccion con las máximas que, segun su dictámen, deben regular su razon. Aun esto no es todo, ni se tendria mas que una idea poco exacta del peligro de esta filosofía, si no se advirtiese que incluye además otro principio de error y escepticismo, mucho mas funesto que el primero, pues que es mas halagüeno para el orgullo y espíritu de independencía.

Veamos en que consiste este principio de escepticismo, y luego harémos ver como viene á ser una causa del error.

Supongamos hayan llegado por fin los dogmatizantes á encontrar la primera verdad cierta que buscan, ó que, no siéndoles posible asegurarse de su certeza, convengan en admitir sin pruebas, ciertos axiomas ó nociones que sirvan de fundamento á sus discursos; ni por esto están mas adelantados: porque deben ellos dar á cada hombre una regla infalible de sus juicios, ó un medio cierto de reconocer si está bien ó mal hecha la aplicacion del principio, en que se ha convenido sirva de punto de partida; ó no podrian

menos de sostener la imposibilidad de engañarse el hombre en el uso que hace de su razón, lo cual sería decir que los contradictorios son igualmente verdaderos, ó destruir por otra vía toda verdad y toda certeza: en caso contrario no se podría afirmar nada *razonablemente*, no habiendo seguridad alguna sobre haber *discurrido bien*... Examinemos por tanto si los tales filósofos dan esta regla, si la dan como infalible, y si en ello están acordes.

Ya se ha visto, comenzando por Descartes, que aislándose él mismo de todos los demás seres inteligentes, lo primero de que trata asegurarse es de su existencia, y esta es su primera proposición: *Yo pienso, luego existo*. Se ha visto además que esta proposición, según él mismo confiesa, sería incierta, si no hubiese Dios, ó si pudiese ser engañoso. Depende todavía su certeza de la que tienen las ideas que ella incluye, y la misma que Descartes no emprende probar. Estas son sus palabras: « Cuando yo he dicho que esta proposición, *yo pienso, luego existo*, es la primera y la más cierta que se presenta á quien conduce sus pensamientos según orden;

« no por esto he negado la necesidad de saber antes lo que es pensamiento, certeza, existencia, y que para pensar es preciso existir, y otras cosas semejantes; pero, en razón de ser estas nociones tan simples en sí mismas, que no nos prestan el conocimiento de cosa alguna existente, no he juzgado debería contarse con ellas' »

A fin de que fuese cierta la famosa proposición de Descartes, ó lo que es igual, para que él tuviese seguridad de su existencia, se ve precisado á suponer tres cosas:

1ª. Que hay Dios, y que ni puede ni quiere engañarle.

2ª. Que todas sus nociones primeras son verdaderas, lo cual es precisamente la cuestión de que se trata.

3ª. Finalmente su propia existencia, porque para pensar es preciso existir, y que por consecuencia el decir *yo pienso*, es afirmar la existencia de sí mismo.

<sup>1</sup> *Les Principes de la Philosophie de R. Descartes, trad. en français par un de ses amis*, n. 10, pag. 8.

Toda esta filosofía no es pues mas que una complicacion eterna de círculos viciosos. Vamos á la *regla general* deducida por Descartes de su primer principio, y que, segun él, es el *critério* ó marca de la verdad : *todo lo que percibo clara y distintamente, es verdadero*. Leibnitz advierte con razon que, *la verdad necesita una nueva marca para hacer distincion de lo que es claro y distinto*<sup>1</sup>; porque jamas se equivocan los hombres sino porque creen tener una percepcion clara y distinta de lo que piensan ; ó en otro caso, esto no seria error, seria la duda, visto que *la esencia de la equivocacion consiste en no conocerla*<sup>2</sup>. ¿Pues cómo sabremos que no nos equivocamos? ¿Cómo distinguiremos con certeza nuestras percepciones cabalmente claras y distintas, de las que creemos falsamente tienen estos mismos caracteres? ¿Qué se entiende por *distinto*? ¿Qué por *claro*? ¿Nos lo dirá Descartes? El mismo dice que « el conocimiento

<sup>1</sup> *Remarques sur le livre de l'Origine du mal*, Oper. theolog., tom. I, pag. 438.

<sup>2</sup> PASCAL.

« sobre el cual se quiere establecer un juicio indudable, debe ser, no solamente claro, sino tambien distinto. Llamo yo conocimiento claro al que se presenta y manifiesta á un entendimiento *atento*; así como decimos ver claramente los objetos, cuando presentes, ellos obran *con bastante fuerza*, estando nuestros ojos *dispuestos* para mirarlos ; y conocimiento distinto es el preciso y diferente de todos los demas, y de tal modo, que comprenda solo en « *si aquello que parezca ser manifestamente al mismo que le considera como se debe*<sup>1</sup>. »

Si hubiera dicho Descartes : *Llamo claro lo que es claro y distinto lo que es distinto*, se hubiera expresado algo mas clara y distintamente. ¡ Da compasion ver un talento tan sublime obligado por un sistema falso, á tartamudear palabras sin sentido, y sumirse mas y mas en la obscuridad, por haber querido encontrar la luz en sí mismo !

Aun no hemos acabado, y su regla tiene muchos otros inconvenientes. Supuesto que no

<sup>1</sup> *Les Principes de la Philosophie*, n. 45, p. 54.

puede dar marca alguna cierta para discernir lo que realmente es claro y distinto, su *criterio*, en substancia, se reduce á esto : *todo aquello de que nos es imposible dudar, ó todo lo que creemos fuertemente ser verdadero, lo es*; y por consecuencia, lo que creemos fuertemente ser falso, lo es.

Oigamos á Pascal. Habiendo hablado de ciertas verdades *que son los fundamentos y los principios de la geometria*, añade : « No hay en el hombre conocimiento natural *que preceda á estas verdades, y que les exceda en claridad*. Sin embargo, para que haya un ejemplo de todo, hay en todas las demas cosas ingenios excelentes á quienes *chocan estas infinidades, y que no pueden de modo alguno admitirlas* ».

He aquí pues *ingenios excelentes*, para quienes no es verdadera la geometria, y que no deben creerla, segun la regla de Descartes. Pero esto aun es poco, comparado con lo que él mismo dice; pues confiesa, *hay sugetos que nada perciben en toda su vida como deben, para juzgar*

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. I.

*bien de ello*; de consiguiente hay sugetos que no podrán en toda su vida estar ciertos de nada. ¿ En qué consiste no haber conocido Descartes que este aserto destruye completamente su regla, y toda su filosofia del hombre aislado? ¿ quién, puede asegurarnos no ser nosotros sugetos, *que nada perciben en toda su vida como deben, para juzgar bien de ello*? Todas las razones procedentes de nosotros mismos, por cuyo medio nos seria posible persuadirnos de lo contrario, nada prueban absolutamente; pues para ello, seria indispensable estuviésemos de antemano seguros de que *percibimos algo como se debe, para juzgar bien de ello*. Así es que caemos de nuevo y por la regla misma de Descartes, en el escepticismo absoluto.

Tenemos manifestado se reduce ella á este axioma : *todo lo que creo fuertemente ser verdadero, lo es*. Pero ¿ qué creencia mas fuerte que la de los locos, sobre aquello en que consiste su locura \*? Fuera de los motivos que pueden vol-

<sup>1</sup> *Les Principes de la Philosophie*, n. 43. p. 54.

\* Los fanáticos, y por lo comun todos los agitados por una passion violenta, están cuanto á esto en igual caso que los locos.

ver incierta la mas invencible creencia, no prueba ella misma de modo alguno, la verdad de lo que se cree, á no tener toda la seguridad, de no estar uno loco. Ahora bien ¿qué prueba tiene cada uno de nosotros de no estar loco, sino la que presta el testimonio de los demas hombres; siendo precisamente la impotencia de reconocer la propia locura, el carácter de la locura en general?

Luego la marca de la verdad, que da Descartes, ó su regla general de la misma es:

1º. Incierta, pues que no la prueba.

2º. Insuficiente, por tener necesidad de otra nueva marca.

3º. Falsa, por propender á la adopcion de las visiones de la locura, y aun de las ilusiones del error, pues, cuanto mas grande fuese el error, tanto mas carácter de verdad tendria él, confundida esta con el error invencible, segun la dicha regla.

No dista en este punto mucho Malebranche de Descartes. Piensa como él que el sentimiento interior de la evidencia debe ser la regla de nuestros juicios; y, he aquí, de consiguiente el princi-

pio por él establecido. « *Jamas se debe dar entero asenso, sino á las proposiciones que parezcan tan evidentemente ciertas que no sea posible rehusárseles, sin sentir una repugnancia interior y reprehensiones secretas de la razon; es decir, sin que claramente se conozca que se abusa de la propia libertad, no queriendo consentir, ó queriendo extender su poder á cosas sobre las que nada puede.* »

Pruébese á reducir estas palabras de Malebranche á una proposicion precisa, y no se hallará mas que esto: « Quereis evitar el error, no deis asenso sino á la verdad. Pero ¿qué es verdad? Es aquello que os parece evidentemente verdadero. » Siempre estamos en la misma incertitud, la misma insuficiencia y falsedad.

Despues de haber confesado « que quien nos proveyese de otro *criterio*, habria inventado algo muy útil al género humano, » dice Leibnitz: « He procurado explicar este *criterio* en un breve discurso sobre la verdad y sobre las ideas, publicado en 1684; y aunque no me li-

<sup>1</sup> *Recherche de la Verité*, tom. I, lib. I, cap. II, n. 4, p. 20.

« songeo de haber hecho en él un descubrimiento  
 « nuevo, espero haber desenvuelto cosas no co-  
 « nocidas hasta entonces sino en confuso. Hago  
 « distincion entre las verdades de hecho y las de  
 « razon. Las de hecho no pueden calificarse co-  
 « mo ciertas, sin confrontarlas con las de razon,  
 « y reducirlas á las percepciones inmediatas  
 « existentes en nosotros, de las que san Augus-  
 « tin y Descartes han reconocido muy bien no  
 « poder dudarse; ó lo que es lo mismo no po-  
 « driamos dudar de que pensamos, y aun de que  
 « pensamos tales ó tales cosas. Mas para juzgar  
 « si nuestras apariciones internas ó nuestros  
 « fantasmas tienen algo de real en las cosas, y  
 « para pasar de los pensamientos á los objetos,  
 « es mi parecer se debe considerar si nuestras  
 « percepciones están bien enlazadas entre sí, y con  
 « las otras que antes tuvimos; de modo que se  
 « verifiquen en ellas las verdades matemáticas y  
 « otras razonadas; en cuyo caso se deben tener  
 « como reales, y pienso que este es el único me-  
 « dio de distinguir las de las imaginaciones, de los  
 « sueños y visiones. Segun esto la verdad de las  
 « cosas existentes, fuera de nosotros no podría

« conocerse sino por el enlace de los fenómenos.  
 « El *criterio* de las verdades de razon ó razona-  
 « das, ó procedentes de las *concepciones*, consiste  
 « en el uso exacto de las reglas de lógica.»

Leibnitz, quanto á la certeza de las *verdades de hecho*, supone sin probar lo que no podemos *estar soñando* sesenta, años como soñamos algunas horas, y que no pueden unirse las *imaginaciones*, los *sueños*, entre sí como las *percepciones* reales. Pero, esto no nos da regla alguna infalible, por cuyo medio podamos asegurarnos plenamente de que en efecto, *nuestras percepciones están bien enlazadas entre sí y con las otras que antes tuvimos, de modo que se verifiquen en ellas las verdades matemáticas y otras razonadas*. Leibnitz supone tambien, y siempre sin probar, que quanto á estas *verdades razonadas* ó de razon, de cuya certeza depende la de las *verdades de hecho*, nuestras primeras nociones ó *percepciones inmediatas* son verdaderas, como las reglas de lógica, y no trata de enseñarnos como llegaremos á es-

<sup>1</sup> *Remarques sur le livre de l'Origine du mal*, Oper. theolog., tom. 1., pag. 458 y 459.

tar ciertos de haber hecho un *uso exacto* de ellas.

Nótese además que en la obra misma en que quiere se apoye la certeza sobre el discurso, se leen estas palabras: « Puede mudar *considerablemente* nuestros órganos una impresion fuerte y muy repetida, bien así como nuestra imaginacion, nuestra memoria, y aun nuestro *raciocinio*! »

Por lo demas debía, para no chocar tan de frente con los otros filósofos, decirnos cual es la lógica de que habla. Si de la lógica de la escuela, nos previenen ingenuamente los autores *del Arte de pensar*, que hay motivo de dudar si es ella tan útil como se la piensa; lo cual parece no indica estu-

<sup>1</sup> *Remarques sur le livre de l'Origine du mal*, tom. I, pag. 79. edic. en 12°. Londres, 1720.

<sup>2</sup> *Logique de Port-Royal*, parte III. *Du raisonnement*, Tertuliano estaba tan distante de creer en la utilidad de la dialéctica inventada por Aristóteles que la consideraba, muy al contrario como destructiva de toda razon y de toda verdad. *Miserum Aristotelem! qui illis dialecticam instituit, artificem struendi et destruendi, versipellem in sentiis, coactam in conjecturis, duram in argumentis, operariam contentionum, molestam etiam sibi ipsi, omnia retractantem, ni quid omnino tractaverit.* (De Præscript. adv. hæretic., c. VII.)—San Ambrosio asegura que los arrianos tomaron su doctrina de Aristóteles, y

viesen ellos dispuestos á reconocerla por *criterio* de las *verdades razonadas*: y no les era peculiar esta repugnancia, porque á juicio de Malebranche, *las lógicas ordinarias son mas proporcionadas para disminuir la capacidad del entendimiento que para aumentarla*<sup>1</sup>.

Bacon está conforme con Malebranche en este punto. « En la lógica ordinaria, dice, no se trata « mas que del silogismo... Por lo que á nosotros « toca, desechamos la demostracion hecha por « el silogismo, por estar llena de confusion, y « porque además deja escapar, por decirlo así, « la naturaleza de entre las manos. Pues á pesar « de que nadie pueda dudar conviene entre sí

que su dialéctica era el medio mas poderoso de que se valian para extender el veneno de la heregia. *Sic enim Arianos in perfidiam ruisse cognoscimus, dum Christi generationem putant usu hujus sæculi colligendam, reliquerunt apostolum, sequuntur Aristotelem.* (In Psalm., 118) — *Omnem venenorum suorum vim Ariani in dialectica disputatione constituunt.* De fide, lib. I, cap. III.)— Concluyamos con el mismo padre, que « Dios « no se ha valido de la dialéctica para salvar á su pueblo. » *Non in dialectica complacui Deo salvum facere populum suum.* Ibid.

<sup>1</sup> *Recherche de la Vérité*, lib. III, part. I, cap. III, n. 4, tom. II, pag. 59.



« mismas las cosas que convienen con un término medio, (lo cual casi es de certeza matemática): con todo, hay un motivo de error, y es que se compone el silogismo de proposiciones, las proposiciones de palabras, y que las palabras son signos de las nociones. Esta es la razón porque si las nociones mismas del entendimiento, (que son como el alma de las palabras y la base de todo este edificio) están mal y temerariamente abstraídas de las cosas, si son vagas, si no están bastante definidas, ni circunscritas, en fin, si son viciosas de cualquier modo que fuere, todo viene abajo. Desechamos pues el silogismo, no solo cuanto á los principios, pues esto lo hacen todos, sino aun cuanto á las proposiciones mediatas que de ellos deduce y engendra como puede... y le dejamos, así como las demas demostraciones tan famosas y ponderadas, para que ejerza su jurisdicción en las artes populares, y dependientes de la opinión' »

*In logicâ vulgarî opera ferè universa circa syllogismum*

Pensamos que Bacon exagera los inconvenientes de la lógica recibida. Pero al menos la defenderá Descartes contra preveniciones tan odiosas: júzguese por lo que él dice: « La lógica de la escuela no es, hablando en propiedad, mas que una dialéctica que enseña los medios de hacer entender á otro cosas ya sabidas, ó tambien que enseña á decir sin juicio muchas cosas con referencia á las que no se saben; y así

*consumitur.... At nos demonstrationem per syllogismum rejicimus, quod confusius agat, et naturam emittat e manibus. tametsi enim nemini dubium esse possit, quin, quæ in medio termino conveniunt, ea et inter se conveniant (quod est mathematicæ cujusdam certitudinis); nihilominus hoc subest fraudis, quod syllogismus ex propositionibus constet, propositiones ex verbis, verba autem notionum tesserae et signa sint. Itaque si notiones ipsæ mentis (quæ verborum quasi anima sunt, et totius hujus modi structuræ ac fabricæ basis) malè ac temerè à rebus abstractæ, et vagæ, nec satis definitæ et circumscriptæ, deniquè multis modis vitiosæ fuerint, omnia ruunt. Rejicimus igitur syllogismum; neque id solum quoad principia (adquæ nec illi eam adhibent), sed etiam quo ad propositiones medias; quas educit sane atque parturit utcumque syllogismus... Quamvis igitur relinquamus syllogismo et hujusmodi demonstrationibus famosis et jactatis, jurisdictionem in artes populares et opinabiles, etc. Novum organum scientiarum; Distrib., oper., p. 5 y 6.*

« la lógica corrompe mas bien que aumenta e  
« sano juicio<sup>1</sup>. »

Leibnitz, Descartes, filósofos ilustres ; en qué estado de perplejidad me habeis puesto ! Yo busco un *criterio*, una marca cierta de la verdad, una regla infalible que me asegure poseerla : uno de vosotros me dice : « Consiste este *criterio* en « el uso exacto de las reglas de lógica ; » y el otro me asegura que solo sirve esta lógica para *corromper el sano juicio* : ¿A quién de vosotros debo creer ? ¿qué haré ? Si recurro á la lógica , renuncio del *sano juicio* , dice el uno ; si desprecio su auxilio, renuncio de la verdad, dice el otro : ¡Ah ! ¿no sería lo mas acertado en tal alternativa renunciar de la filosofía.

Aunque es muy claro que Leibnitz habla de la lógica de la escuela , si no obstante se quiere tomar esta palabra en un sentido mas lato , sin contraerle á un método particular de racionio, en nada se disminuirá nuestra gran dificultad. En efecto ¿de qué se trata ? de saber cómo el hombre, considerado en individuo, puede asegurarse de la

<sup>1</sup> *Les Principes de la Philosophie de R. Descartes*, Prólogo

verdad y preservarse del error ; como podemos asegurarnos de hallar un fundamento cierto de nuestros conocimientos , y una regla infalible de nuestros juicios. ¿Qué dice pues Leibnitz ? « Suponed que vuestras ideas primeras , vuestras *percepciones inmediatas* son verdaderas , « este es el fundamento de vuestros conocimientos ; discurreid bien sobre estas percepciones , « y esta es la regla de vuestros juicios. » Lo cual es lo mismo que si dijera : « Buscan la certeza « de que vuestras primeras nociones no son falsas , suponed que son verdaderas : buscais un « medio seguro de impedir que vuestra razon « se extravie , no os equivoqueis jamas. » Confieso que esta regla es infalible ; pero no veo con claridad y distincion como puede serme útil para distinguir con certeza, los casos en que me equivoque, de los que no. Tenemos aquí tal y cual la cuestion toda entera y en el mismo estado , aun despues de los esfuerzos que para resolverla hicieron Descartes, Malebranche y Leibnitz.

D'Aguesseau no es mas feliz. « Yo pienso como Vm. y como Horacio (escribia á un amigo « suyo) que *maxima pars hominum decipimur*

« *specie recti* y podría decir también *specie veri*.  
 « No hay hombre alguno que no haya hecho de  
 « ello tristes experiencias, sin verse precisado á  
 « recurrir á los ejemplos. Pero como se fundan  
 « nuestras equivocaciones ó errores en una falta  
 « de atención suficiente y metódica, no por eso es  
 « menos verdad que la evidencia perfecta no po-  
 « dría engañarnos\*; siempre es necesario distin-  
 « guir en esta materia la mayor y la menor del  
 « argumento. La verdadera evidencia no podría  
 « inducirnos al error; esta es la mayor, cuyas  
 « pruebas parecen incontestables; yo veo clara  
 « y evidentemente tal y tal proposición, esta es  
 « la menor, y es la única de que podemos dudar;

\* ¿Entiéndese, como parece, por *evidencia perfecta*, una percepción conforme á su objeto, ó á la verdad? Entonces es tan cierto que la *evidencia perfecta no podría engañarnos*, como que la verdad no podría ser falsa. Pero esto nada tiene que ver con la cuestión de saber precisamente si existe semejante evidencia, y como reconocerla con certeza. ¿Entiéndese por evidencia perfecta aquella percepción que, en ninguna posición ni caso alguno pueda menos de admitirse? Entonces la cuestión será sobre saber 1º Si esta impotencia de no poder admitirla, es una prueba cierta de que la percepción es conforme á la verdad; 2º si hay un medio de asegurarse con certeza que en ninguna posición ni caso alguno, no puede menos de admitirse.

« mas esta menor, *muchas veces disputable*, no  
 « considera mas que el hecho actual de la eviden-  
 « cia en un descubrimiento particular. El dere-  
 « cho de la evidencia en general, si me es lícito  
 « hablar así, subsiste por entero. Infeliz de aquel  
 « que mal le aplique, y se apresure á decir que  
 « ve, cuando no ve todavía. *No es la evidencia el*  
 « *carácter cierto de la verdad, sino en cuanto es*  
 « *evidente que se han tomado todas las precau-  
 « ciones posibles para buscar la evidencia por la*  
 « *evidencia misma, es decir, que la evidencia de los*  
 « *medios debe producir la evidencia del fin y de la*  
 « *consecuencia que de ellos resulta*».

Cuanto se puede deducir de todo este discurso, es que d'Aguesseau, bien así como Descartes, adhiere la certeza á la evidencia ó á las percepciones claras y distintas; pero de tal modo que, para reconocer la verdadera evidencia, se necesita otra evidencia: en otros términos, que para estar cierto de una cosa, es necesario antes estar cierto de otra. Esto no es resolver la dificultad,

» *Oeuvres du chancelier d'Aguesseau*, tom. XII, pag. 226 y 227.

sino evadirla : porque, ¿ cómo asegurarnos de la certeza de estotra cosa? D'Aguesseau hace aquí precisamente como los Indios que, no comprendiendo como se sostiene la tierra sin apoyo alguno en el vacío, piensan que está sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga, sin importarles saber sobre qué está la tortuga misma.

Es digno de notar despues de todo lo dicho, que á pesar de todas estas reglas de certeza inventadas por los filósofos, no pueden menos de recurrir siempre á una regla mas general, mas segura, y de la que procuran en vano separarse, en una palabra, la autoridad. Leibnitz reconoce *que es necesario un juez de controversias en matemáticas, tambien como en teología* \*, y el mismo Descartes, queriendo probar que sus principios

\* En una carta al sabio Molano es donde Leibnitz hace esta confesion. He aquí todo el pasage : « Creia yo firmemente, señor mio, que mi última carta seria capaz de patentizar al señor Eckardo, en lo que consiste la imperfeccion del método de que se ha servido. Pero con motivo de esta disputa, he aprendido varias cosas, entre otras una que yo no creia, y es : que se necesita un juez de controversia en matemáticas, como tambien en teología » *Oper.*, tom. III. pag. 649. Edic. Dutens.

son claros, se funda, en primer lugar, en que le es imposible dudar de ellos, prueba, que no prueba nada, como se ha visto; añade despues : « La segunda razon que prueba la claridad de los principios, es el haber sido ellos conocidos en todos tiempos, y aun recibidos por todos los hombres como verdaderos é indudables ».

En suma hicimos ver que la filosofia dogmatizante no da al hombre regla alguna infalible de sus juicios; de donde se sigue que nunca puede estar cierto de su verdad, ni desde este punto afirmar nada, sin ponerse en contradiccion por esto mismo con una filosofia que no admite como verdadero, sino lo demostrado á la razon. Luego todo cartesiano, es escéptico ó inconsecuente. Resta manifestar como este principio de escepticismo viene á ser causa del error.

Tan incómoda es para el hombre la duda y tan opuesta con su naturaleza, que, como Pascal lo advierte, nunca hubo un pirrónico efectivo y perfecto. Aunque se arme contra todas las

† *Les Principes de la Philosophie*. Prólogo

creencias, le subyugan ellas bien á su pesar, y su inteligencia, que se extinguiría si él pudiese llegar hasta una duda universal, se conserva por la fe; fe natural, fe indestructible, que triunfa de todos los esfuerzos de una razon extraviada por el orgullo.

Mas este orgullo, que con tanta dificultad cede el imperio, quiere que el hombre precisado á creer, á lo menos sea y permanezca juez de la verdad; y no hay filosofia que no suponga, que cada entendimiento se basta á sí mismo, y debe hallar en sí propio la regla de lo verdadero. Abandonado desde entonces á sus tinieblas y debilidad, sin que nadie tenga derecho de dirigirle, se contempla y admira en su triste independencia. Privado de guia, y maestro, avanza por las regiones intelectuales, decidiendo en último estado de cuanto halla, formándose á sí propio las leyes que deben regirle, ó mas bien, no reconociendo ni ley, ni certeza, ni verdad, y sí solo los pensamientos momentáneos, y sus fugitivas percepciones.

Considérese el modo con que se produce y conserva el error. ¿Qué es este mismo al prin-

cipio? El juicio de un hombre que cree en sí mismo; la concesion hecha por el entendimiento de lo que parece verdadero, sin estar seguro de que parezca tambien verdadero á otros entendimientos. ¿Qué es el error cuando la oposicion debiera á lo menos producir una saludable y justa desconfianza? La obstinacion en creer á su propia razon, con preferencia á otra razon, mas general. No habria error alguno en el mundo, si el hombre persuadido constantemente de la debilidad de su juicio, no diese nunca entero asenso á su propia autoridad, y sino se negara á rectificar sus pensamientos por los agenos, con una confianza proporcionada á la autoridad del que los contradice.

No se han establecido y perpetuado las opiniones y religiones falsas sino por una rebelion, tal como esta contra la autoridad general; sino porque un hombre á lo primero, y despues otros prefirieron su razon particular á la de todos; es decir, á la razon del género humano en las cosas humanas, y á la de Dios en las divinas. ¿Qué es un herege? Un hombre que se separa de la sociedad cristiana, ó de la Iglesia, y renuncia de la

*fe comun*\*. ¿Qué es un deísta, un ateo? Un hombre que se separa de la sociedad humana y renuncia del *sentido comun*. Pero teniendo todos los hombres en sí mismos una regla infalible de sus juicios, si se les dice que su razon particular es quien debe determinar sus creencias. ¿Con qué derecho se pretenderá pensar que han juzgado mal? ¿Con qué derecho se les condenará? ¿Con qué derecho podrá exigirseles sometan su razon á otras que no son mas infalibles que la suya? A lo menos se debe guardar consecuencia: ó son ellos jueces de la verdad, ó no; si lo son por el mismo título que cualquiera otro hombre, ninguno puede imponerles la obligacion, de deferir al juicio ageno; si no lo son en último estado, diganlo con franqueza y renuncien de su filosofia individual, para volver á la filosofia del género humano, ó al *sentido comun*.

Una vez admitida la regla de los cartesianos, nadie tiene derecho de decir absolutamente:

\* P. ¿Qué llamais heregías?

R. Malas doctrinas por las que se prefieren con pertinacia los racionios humanos á lo revelado por Dios, y su particular sentido al juicio de la Iglesia. BOSQUET, *Catec. de Meaux*, lee. XIV.

*esto es cierto, esto es falso*; sino solamente, *esto es cierto, esto es falso con respecto á mí*; porque puede otro juzgar muy bien falso, lo que juzgamos verdadero y vice versa. Luego en este caso, no hay motivo para que mi juicio prevalezca sobre el de otro, ni el de otro sobre el mio; nadie puede quitarme afirmar como verdadero, lo que tal me parece, no reconociéndose algun tribunal superior al de la razon particular. Con que yo afirmaré si soy consecuente la verdad de mi juicio; otro afirmará igualmente la verdad del juicio contrario, y habrá tantas verdades como hombres: es decir, que en todo y por todo, todo será verdadero y todo falso, como todo es falso y verdadero en religion para los hereges, que desechando la autoridad de la Iglesia, no reconocen otra regla que su razon, ó la Escritura interpretada por la misma.

Si para salir de este laberinto se acude al consentimiento comun; de dos una, ó la autoridad de la razon humana quedará personalmente juez de lo que pronuncia, y entonces se vuelve á caer en los mismos inconvenientes; ó deberá obedecerse á sus decisiones, y creer sobre su testimo-

nio que *se percibe ó no claramente*; y esto es abandonar enteramente la filosofía cartesiana.

Si se quiere, por el contrario, adoptarla toda entera con principios y consecuencias, lo primero, será imposible evitar el escepticismo y lo segundo, se verá uno forzado á dejar que cada cual piense como quiera y pueda, porque al fin, cada uno en particular tiene su razon, que es su regla. En virtud de esta regla, tendrá el error el mismo fundamento y los mismos derechos que la verdad; se le deberá tributar el mismo respeto, la misma creencia, con tal que sea bastante profundo para obscurecer completamente el entendimiento\*. En vano dirian todos los hombres á uno ciego hasta este punto: te equivocas; este tal creyendo él tener *una percepcion*

\* Bayle vió muy bien esta consecuencia del principio fundamental de la filosofía individual: dice él, «; Qué os parece le sucede á la verdad, cuando á nuestro parecer esta revestida con las apariencias de mentira, ó que sucede á la mentira, cuando la pensamos revestida con las apariencias de verdad? Efectúase entonces un trastorno tan particular, que la verdad no tiene jurisdiccion en nosotros, y el error sucede en todos los derechos de que la verdad se halla despojada. » *Oeuvres de Bayle*, tom. II. pag. 219.

*clara y distinta de lo que piensa*, responderia y deberia responder: sois vosotros los que os equivocais; él solo deberia creerse mas ilustrado, mas sabio, mas infalible que el género humano. No es esto lo que entendemos, responderán algunos: pues bien ¿qué es? Explíquense. Quanto á nosotros, esto es lo que combatimos. Atacamos la doctrina de los que constituyen el principio de certeza en el hombre individual; si se confiesa no está este principio en el hombre individual, debe necesariamente residir en la sociedad, ó no hay ninguna certeza. Esto es lo que hemos procurado establecer en el *Ensayo*, substituyendo á esos vanos y peligrosos desvarios llamados sistemas filosóficos, no otro sistema, sino hechos incontestables, una regla tan antigua como el hombre, tan general como la sociedad, tan natural como la razon, y que no se puede violar enteramente sin destruir la razon, la sociedad y el hombre mismo.

La oposicion á nuestra doctrina, y por nosotros prevista de antemano\*, la idea falsa que

\* Véase el tercer volumen del *Ensayo*, en el prólogo.

de ella se formaron algunos sugetos apreciables, nos ha puesto en la precision de exponerla nuevamente, con toda la claridad que podamos. Despues cuidaremos de dar á conocer su importancia, y por último responderemos á las pocas dificultades propuestas á lo que llevamos dicho. Confiamos se nos permitirá prescindir de aquellas que no tienen relacion, sino con lo que no decimos. Puede hablarse de todo, cuando se trata de un libro, y si el autor se viese obligado á extrañarse de su asunto, á cada instante, para tratar todas las cuestiones que los criticos quisiesen excitarle, su condicion seria demasiado penosa, por no decir nada de la de los lectores.

Cuanto á lo demas, por grande que sea el cuidado que se ponga en no parecer obscuro, se debe convenir en que, quien escribe materias filosóficas, nunca es claro sino para los entendimientos fijos y atentos; que contra su deseo el mas sincero de guardar precision, no podria incluir una obra entera en una frase, y que antes de todo, es necesario para juzgar, y juzgar con justicia, estar razonablemente asegurados de que se han entendido bien todas las partes y su enlace. Sin

duda es mucho pedir, sobre todo de los que no debiendo creer nada bajo la palabra de otro, se ven forzados á examinar una infinidad de cosas que los otros hombres admiten confiados, ahorrándose por esto de un enorme trabajo. Convenimos en que un filósofo que solo procede segun pruebas racionales, tiene poco tiempo libre, esto es lo que explica varios juicios hechos acerca de nuestra doctrina, y que parecerian imposibles de concebirse si procediesen de talentos menos ocupados.